El mar no tiene sueño

A quienes derriban muros con tizas

Llevamos más de veinte minutos sin hablarnos. Él baja la mirada, esquiva la mía y yo me limito a esperar a que se decida a romper el silencio intentando no sumar más presión que la que ya impone mi presencia en esta habitación.

Ni siquiera le he pedido que se siente frente a mí. «Tus métodos son poco ortodoxos, Sandra», me recordaba ayer mi supervisora y volví a desoír su apreciación con la misma tenacidad con la que ignoro todo comentario que me parece inútil e improcedente. Por eso he respetado su postura adolescente y he permitido que Mike siga allí, sentado junto a la ventana, encogido en sí mismo y sosteniéndose con fuerza las piernas, como si necesitara agarrarse a algo con la suficiente violencia como para que esa furia no estallase contra alguien más. O contra sí mismo.

Lo miro desde esta distancia insignificante y, a la vez, abismal que se ha abierto entre nosotros. Un espacio que apenas ocupa unos metros y que, sin embargo, nos sitúa en dimensiones difícilmente reconciliables. Su mundo está hecho del silencio que emplea como coraza. El mío, de la necesidad de bajar sus defensas para que empiecen a existir las palabras. Pero no surgen. Y sigo esperando a que Mike me hable de lo que ha sucedido. De lo que está sintiendo. De lo que le gustaría que ocurriese. Le he ofrecido cualquiera de los tres tiempos verbales, pero ni el pretérito del recuerdo, ni el presente de la incertidumbre ni el futuro de un posible deseo consiguen hacerle hablar. Solo se encuentra seguro en su aislamiento, confiado de que allí, lejos de todos, nada podrá dolerle tanto como para repetir su intento del pasado martes.

El informe de los hechos es escueto. Muy aséptico. Pero no resulta difícil imaginarse los datos que no aparecen en esas páginas donde solo se habla de la depresión, de la ansiedad y de cómo se halló al paciente en la bañera tras su intento frustrado de quitarse la vida. Mi supervisora insiste en que es necesario distinguir a quien «realmente quiere quitarse la vida» de quien «solo pretende llamar la atención intentándolo». A mí, en realidad, me cuesta ver la diferencia entre ambas realidades, porque el adjetivo frustrado puede que solo sea consecuencia de la torpeza, o de un minúsculo atisbo final de lucidez, o de la incapacidad práctica para culminar un plan teórico. El terror, en el intento y en el logro, es siempre el mismo. Se vea frustrado o no.

—¿De qué quieres que hablemos?

Lo intento a la desesperada, pero Mike continúa ignorándome. Es como si mis palabras no hubiesen tenido lugar. Se mantiene completamente inmóvil, como una estatua adolescente que pretendiera fundirse con su reflejo en el cristal de la ventana. ¿Volverá a hacerlo? Es la pregunta que los padres esperan siempre que yo les responda, aunque no sepa —tampoco en este caso— si seré capaz.

—Podemos hablar de lo que te apetezca.

Reacciona girando la cabeza... en dirección contraria. No es un gran avance, pero al menos he conseguido hacerme presente en su percepción de la realidad. Estoy

aquí. A su lado. Y eso le molesta, porque empieza a darse cuenta de que no voy a irme hasta que consigamos iniciar una comunicación que, de momento, se me antoja imposible. Su cuerpo niega la posibilidad con tanta obcecación como su silencio, pero ahora que se ha quebrado su hieratismo, la distancia se ha vuelto menos evidente.

—Sabía que esto iba a suceder. Lo sabía… Si no hubiera llegado a tiempo…

A su madre se le quiebra la voz cuando habla del tema. Aún es pronto, así que la entrevista preliminar con ella apenas me aporta datos relevantes más allá de su inmerecida culpabilidad. Está segura de que intuir el peligro sin haberlo evitado es motivo más que suficiente como para culparse.

—Llevaba dos años ocurriendo. Desde que dio el paso… Desde el cambio de nombre en 3º de ESO.

Entonces se le empaña la mirada y vuelve a cuestionar su labor. Porque se pregunta si todo empezó cuando ella tomó la decisión de respetar la identidad de su hijo y permitir que la hiciera visible. Ese instante en que Mike nació ante los demás y comenzaron los problemas en clase. En los pasillos. En el baño de chicos donde le decían que ese no era su lugar y lo encerraban en el de chicas. O en los entornos donde insistían en que su nombre era otro y se negaban a llamarlo Mike, como si aquello solo fuera un capricho.

—No sé por qué eligió ese nombre… No me gusta. Es lo único de mi hijo que no me gusta… El nombre.

Me gustaría decirle que todo se va a arreglar muy pronto, pero entonces estaría mintiéndole. El miedo va a seguir ahí. Acechándola. Y será laborioso reconstruir la confianza. Asegurar que su hijo no va a repetir nunca más su intento. Que la muerte no va a irrumpir de nuevo en sus vidas.

—Por desgracia, Sandra, es un caso habitual. No olvides que tenemos muchos más y todos son igual de urgentes… Ya sabes lo que tienes que hacer.

Mi supervisora resume la historia de Mike en una frase y le atribuye un adjetivo estúpido («habitual») que no creo que se pueda relacionar con la vida de nadie. Nuestra existencia nunca es *habitual*. Es jodidamente única. Así que no sé lo que tengo que hacer. Porque el dolor de Mike también es único. Y tan poderoso como para mantener su cuerpo enrollado sobre sí mismo durante casi una hora. Cincuenta y cinco minutos en los que solo he conseguido que desvíe su mirada durante un segundo.

—No puedo marcharme hasta que digas algo.

Sus hombros pugnan por alzarse en señal de indiferencia, pero su tozudez consigue frenarlos antes de que completen el movimiento. Agarra aún con más fuerza sus piernas, con la necesidad de asegurarse que nada lo desplazará ni un milímetro del lugar que ha escogido como fortaleza. Una barrera física que ahora siente la necesidad de apuntalar. Ya tiene edad suficiente como para haberse dado cuenta de que las palabras, a menudo, ayudan poco y complican demasiado. Esas palabras con las que lleva luchando desde que decidió que su género gramatical

era, como su sexo, distinto al que pretendían atribuirle. Por eso la morfología, supongo, es tan importante, porque trata de la forma, del modo en que las palabras —en que nuestros mundos— se construyen.

No tiene sentido que intente hablarle de todo eso hoy. Esta es solo una sesión inicial. La primera de las horas en silencio que nos esperan hasta que, poco a poco, él quiera contarme su historia. Imagino los datos y los completo con los que me entregó su madre en nuestra entrevista, una copia de ciertos mensajes destinados a su hijo en redes sociales. Resulta desoladoramente sencillo imaginar el porqué de su decisión y entender que no fue un «suicidio frustrado», sino un intento de homicidio colectivo e invisible que se fue gestando durante dos años. Día tras día. En el silencio de esas aulas donde nadie parecía ver lo que estaba ocurriendo.

—Con el de Lengua era distinto…

Apostilla su madre.

—¿El de Lengua?

— Mike habla mucho de él…

Su madre no recuerda el nombre, «Siempre lo llama el de Lengua», se justifica, pero nada más acabar nuestra entrevista, me basta con acudir a su centro para localizarlo. Lo hago antes de esta primera sesión con Mike, claro, porque soy consciente de que necesito acumular datos si quiero que este encuentro sirva de algo.

«El de Lengua» se llama Amador. Tiene más de sesenta años y, aunque conserva el atractivo, la energía y la mirada de un treintañero, se ve que está a punto de jubilarse. «No me queda más que este curso», apostilla. Me basta sentarme un rato con él en la cafetería para darme cuenta de que es todo un símbolo en el centro. Sus alumnos no tardan en rodearlo y tiene un comentario cariñoso para todos ellos. Algún que otro profesor lo mira con cierta envidia, casi con recelo, e incluso hay quien reacciona mal al ver cómo se sientan algunos estudiantes de la ESO en la mesa que ocupa Amador. «Esta zona es la de profesores», les reprochan a los chavales, y en el tono en que esgrimen la norma se aprecia un cierto complejo de quien no tiene el carisma que sí derrocha su veterano compañero.

—¿Sobre Mike? ¿Y qué quieres que te diga?

—Algo que me ayude… Lo que sea.

—No sé si yo soy la persona más indicada para eso… ¿Cómo era tu nombre?

—Sandra.

—Eso, Sandra. No sé… Quizá haya sido también culpa mía… A veces nos equivocamos cuando queremos hacerlo bien.

Le escucho con atención, sin interrumpirle. Me esfuerzo por no preguntar para dejar que me cuente su versión de los hechos. Quién es Mike. Por qué cree que hizo lo que

hizo. En qué momento decidió empezar a luchar por ser él mismo y en qué otro momento se rindió en esa batalla.

—Hemos hablado mucho de eso. Los dos… Lo conozco desde 1º ESO, pero siempre supe quién era en realidad. Quién se sentía… No sé si animarlo fue una gran idea… Pero con ellos hablo mucho. Y no solo de libros, ni de sintagmas… No tiene sentido que vengan aquí a hablarles de sintagmas… ¿Sabes, Sandra? Yo nunca he sido capaz de ceñirme a un programa. Para nada… La literatura es algo más que todo eso. La literatura es pura vida. Y no se puede enseñar literatura, la de verdad, sin hablar de la vida.

Se le iluminan los ojos cuando lo dice y, por un segundo, veo reflejados en él a algunos de mis profesores, a aquellos que acabaron haciéndome caer en las redes de la psicología y en los que encontré la misma pasión que atisbo ahora en Amador. Me cuenta anécdotas amables, momentos especiales compartidos con Mike y me ayuda, con su visión cotidiana y desenfadada, a alejarme de las consabidas escenas de acoso que de nada me van a servir para ayudarle a reconstruirse. No necesito conocer al adolescente víctima, sino al adolescente soñador. Al chico de diecisiete años que no tuvo miedo de dejarse ver antes de que ese valor estuviese a punto de costarle la vida.

—¿Tú ya has hablado con él?

—Esta tarde es nuestra primera sesión.

—¿Y entonces?

— Me gusta conocer el entorno del paciente en situaciones como esta.

—No parece un método muy ortodoxo, Sandra.

—Eso mismo opina mi supervisora…

—Bien por ti. Los métodos ortodoxos nunca funcionan.

Suena el timbre y se levanta dispuesto a acudir a su próxima clase.

—Ni para un café hay tiempo. Con tanto recorte no damos abasto…

—Ha sido un placer, Amador.

—Espera un momento.

—¿Si?

—Toma. Llévate esto.

Saca de su carpeta un cuadernillo de folios.

— Úsalo.

—¿Que lo use?

—No es el primero que le regalo a Mike… Lo tenía preparado para dárselo el día que… Utilízalo tú, por favor.

Se aleja sin añadir una palabra más y yo miro sus folios con escepticismo. Se trata de una breve selección de poemas copiados a mano que dudo que puedan ayudarme en algo. ¿Qué espera que haga con ellos? El primero de los textos es de Cernuda, un autor al que —confieso— no he leído demasiado. Así que decido que los llevaré conmigo, sí, pero solo los usaré en última instancia, en caso de que fuera preciso arriesgarme.

Quizá ahora, ante el muro inexpugnable que ha alzado Mike, sí haya llegado ese momento. Porque no parece posible derribar su barrera sin contar con la ayuda de de alguien que forme ya parte de su vida. A mí no piensa dejarme entrar, pues mi voz llega demasiado tarde. Después de todo. Yo estoy ubicada entre las sombras, en alguno de los círculos dantescos que se abren detrás de una experiencia muy cercana a la muerte. Y de ese lugar oscuro e inhóspito no puede venir nada bueno. Por eso no me mira. Por eso es capaz de continuar inmóvil a pesar de la incomodidad de la postura y de la obstinación de mi mirada. Quizá escuchar un nombre familiar haga que reaccione. Aunque no sepa cómo va a influir en él la lectura del poema que abre este cuadernillo.

—Amador me ha dado algo para ti.

—¿Amador ha venido?

No ha abandonado su posición —manos sobre piernas, cuerpo rígido, cabeza hacia la ventana—, pero la voz sí le ha traicionado. El nombre de «el de Lengua» le lleva hacia otro espacio anterior al círculo en el que ahora nos hallamos. Un espacio donde aún no se siente este frío ni esta soledad.

—No, pero me ha dado esto.

Sé que, ahora mismo, Mike correría a quitármelo de las manos. Pero se contiene y se muerde los labios para no preguntarme qué es y pedirme que se lo muestre. Yo debía estar muerto, parece repetirse. Yo debía estar muerto y por eso no puedo hablar con ella, ni con nadie, porque no estoy aquí, he decidido salir de esta mierda para siempre, acabar con quienes me duelen y con quienes me sangran, así que no voy a hablar, ni siquiera por Amador, aunque me muera de ganas de saber qué le ha dado a esta tía, qué ha traído, qué tiene ahora mismo entre las manos.

—Me ha dicho que no es el primero que te regala.

Gira la cabeza y apunta con la mirada hacia un rincón de la habitación. No es una señal consciente, sino un acto reflejo, pero lo suficientemente claro como para desvelar el lugar en el que, sobre una mesa, se amontonan otros tantos cuadernos idénticos a este. Folios con poemas de Lorca, de Miguel Hernández, de Bécquer, de Keats, de Whitman, de Juan Ramón… Cuadernillos en los que, con una caligrafía tan especial como el carácter de su autor, Amador ha ido regalándole las voces de los poetas que, imagino, él amaba. Versos que han compartido en estos años y que son, ahora mismo, la única posesión del exterior que Mike tiene consigo. Las grapas, por supuesto, han desaparecido, retiradas por los celadores como medida preventiva

ante un posible episodio de autolesión. Libres y desgrapados, los poemas se han acabado mezclando en una obra infinita, una partitura orgiástica en la que se combinan anárquicos los versos y las voces.

—¿Quieres que leamos alguno?

No dice nada, pero esta vez su silencio es un sí.

> *Aquella noche el mar no tuvo sueño*
> *cansado de contar siempre contar a tantas olas*
> *quiso vivir hacia lo lejos*
> *donde supiera alguien de su color amargo.*

—*La realidad y el deseo*.

Me interrumpe.

—¿Cómo?

—*La realidad y el deseo*.

Repite.

Yo callo. Sé que es el título de la obra de Cernuda, pero necesito que sea él quien siga hablando.

—No me gusta.

—¿El poema?

—El título.

Reprimo un porqué. Solo me lo contará si no le obligo a hacerlo.

Espero.

No dice nada.

Sigo esperando.

Los segundos se convierten en minutos, pero sé que merece la pena esperar. Que las palabras están a punto de desbordarse. Que el dolor de ese mar insomne va a quebrar el silencio de un momento a otro.

—Ese título es una mierda.

Estalla.

Al fin…

Estalla.

—Una auténtica mierda. Porque no es una *y*. No es la realidad *y* el deseo, joder. Es la realidad contra el deseo… Y la realidad puede con el deseo. La puta realidad siempre puede con todo.

Silencio.

Ni yo sigo leyendo ni él continúa hablando.

Mastica la rabia.

Las palabras no dichas.

Traga saliva.

Y rompe a llorar.

Despacio. Sin estridencias. En un llanto cansado de esconderse, así que fluye moroso y con la conciencia de haber sido ocultado demasiado tiempo. La poesía desabrocha las lágrimas y el dolor se hace húmedo y contagioso, una tristeza que empaña la tarde y me obliga a releer el poema sintiendo en él la mirada de Amador y el dolor de Mike. Está todo aquí, me digo, y me siento un poco menos sola al ver que tampoco «el de Lengua» ha sido fiel a la ortodoxia. Me pregunto con envidia —y con admiración— cuántos caminos habrá abierto en sus alumnos gracias a la literatura y anoto, mientras Mike se calma, los nombres de los autores que figuran en los folios que atesora en su mesa. Tendré que investigar sobre ellos para las próximas sesiones, supongo.

—Volveré mañana, Mike. Y esperaré a que quieras hablar conmigo. Mientras tanto, seguiremos leyendo…

No contesta, pero sé que he encontrado un camino. Tortuoso, largo y, seguramente, lleno de recovecos, pero al menos nos permitirá llegar a algún lugar si conseguimos recorrerlo juntos. Mi supervisora no aprobará este método, por supuesto, pues le parecerá poco científico y demasiado subjetivo, pero no pienso hacerle caso. Porque para devolverle a Mike las ganas de vivir necesito convencerle de que el deseo sí puede vencer a la realidad. O de que la realidad puede llegar a ser deseo. Y la única forma de demostrárselo es adentrarnos en el oleaje de estos versos. Un mar insomne y adolescente que tendrá que aprender a perder el miedo de una maldita vez.

Fernando J López

Enero, 2016